

Testimonios de vida en el teatro

TUC

50 AÑOS

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

Capítulo 17



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

Testimonios de vida en el teatro.

TUC 50 años

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

© Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, 2011

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Avenida Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono (51 1) 6262000

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Diseño de cubierta y
diagramación de interiores:

Charo Velásquez

Foto de carátula:

Francisco Adrianzén Merino. *Peligro a 50 metros* (1970)

Todas las fotografías reproducidas en este libro pertenecen al archivo del TUC,
salvo indicación en pie de foto.

Primera edición: octubre de 2011

Tiraje: 800 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2011-08650

Proyecto editorial: 31501361101432

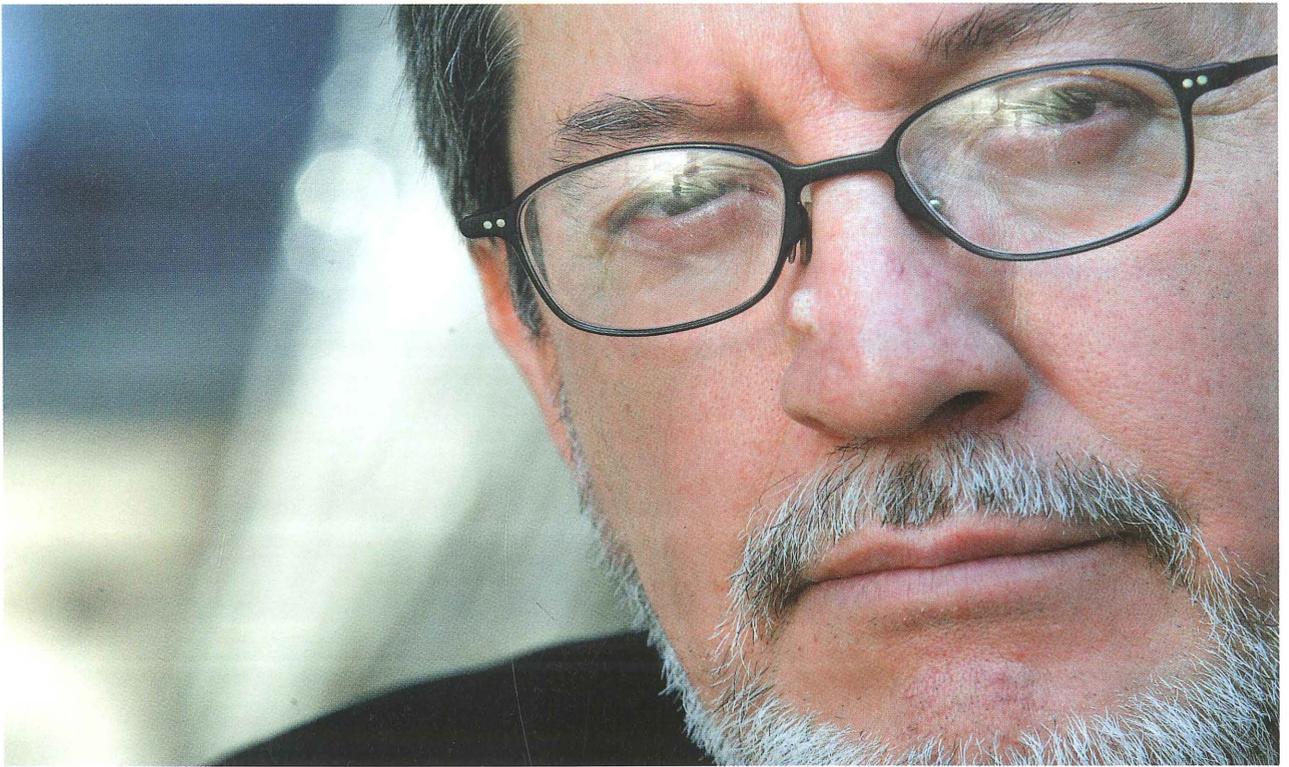
ISBN: 978-9972-42-968-2

Impreso en Cecosami Pre Prensa e Impresión Digital S.A.

Calle Los Plateros 142, Ate.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Julio Ortega se interesó desde sus comienzos por el teatro. Escribió las obras cortas *La campana*, *El intruso*, *Perfecta soledad* y *La ley*, las cuales integraron el programa *Pasos, voces, alguien...* que dirigiera Ricardo Blume en 1965. Ha publicado numerosos ensayos de crítica literaria.



8-139

Aún escucho a mis personajes

Me acuerdo con nitidez del día en que Silvio de Ferrari me habló en el patio de Letras de la Universidad Católica, en la Plaza Francia, sobre el deseo del TUC de incluir nuevos autores peruanos, y me preguntó, como si ya supiera la respuesta, si yo había escrito alguna obra de teatro. Para entonces yo había ya ganado dos años seguidos los Juegos Florales de la Universidad, tanto en poesía como en cuento, aunque con el único propósito de hacerme de los libros que la librería Studium ofrecía al ganador. Los tomos de *Obras completas* de la editorial Aguilar tenían un precio imposible para un estudiante de provincias que vivía en una pensión. De modo que reuní poemas y prosas con el deliberado propósito de mejorar mi biblioteca.

También podía ser que Silvio —que era acucioso y gentil, y parecía un embajador apenas salido de un cuadro florentino— hubiese sabido que yo había escrito unas reseñas de teatro en la página literaria del diario *La Tribuna* —el periódico aprista que estaba en la calle Amargura, a unos pasos del patio de Letras—, en cuya mesa de partes yo había dejado, por comodidad, como quien no quiere la cosa, una reseña de una pieza de Max Frisch. Poco después, visité a Nicanor Mujica, creo que el subdirector del diario, quien había leído mi reseña y de inmediato me invitó a colaborar regularmente. El director, Andrés Townsend, me llevó a comer una noche, hablamos de literatura sin descanso, y me invitó a organizar en el diario una sección literaria, lo que hice con entusiasmo. Hasta

me dieron una oficina, a donde me acompañaban los poetas amigos, incluso, una vez, Javier Heraud. Sea como fuere, le respondí a Silvio que sí, que tenía unos textos que podía convertir en breves piezas. Silvio me dio tres días de plazo y con toda puntualidad se las pasó. Ricardo Blume las leyó, con el grupo del TUC, y me llamaron para anunciarme que montarían las piezas. Me pidió un título, y yo ya lo tenía: *Pasos, voces, alguien...* El título era un homenaje al *nouveau roman*, que por entonces yo leía con entusiasmo en las traducciones de Seix Barral. Como crítico literario de *La Tribuna*, las editoriales me enviaban las novedades de literatura peruana, usualmente grandes tomos y hasta obras completas, que a mí me resultaban poco legibles. Las cargaba hacia la librería Mena donde el librero, mi amigo, me las canjeaba por una delgada novela de Robbe-Grillet haciéndome feliz.

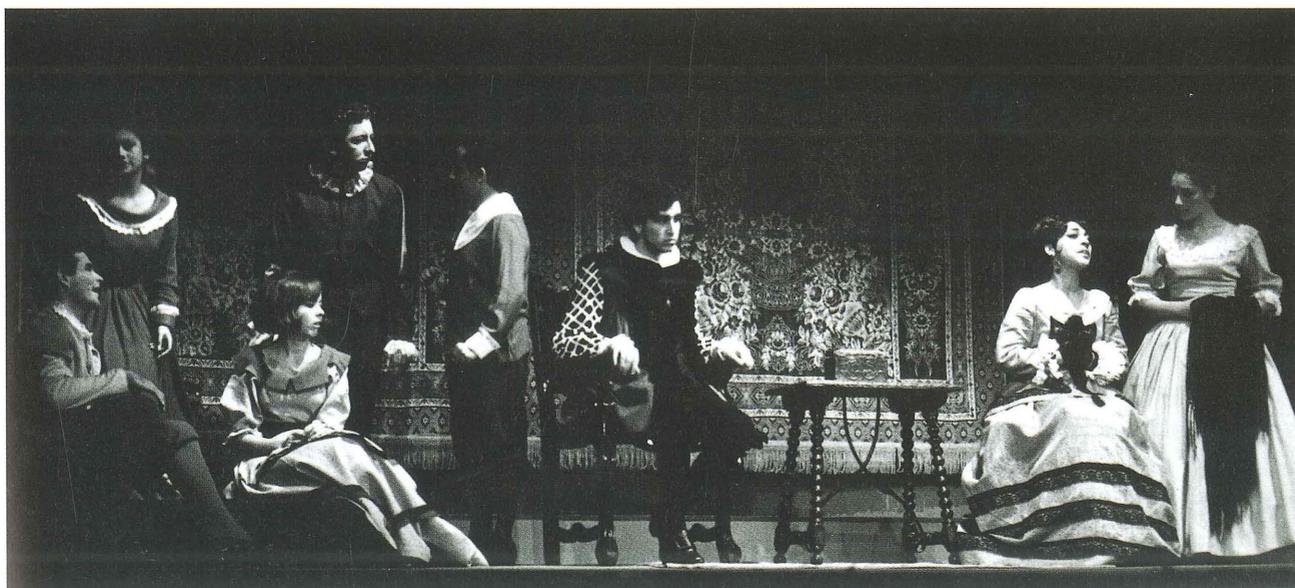
Actuaron en esas piezas Coco Chiarella, que dedicó su vida al teatro; Jorge Santistevan, que fue después abogado Defensor del Pueblo; Luis Peirano, director de teatro, sociólogo y decano de Comunicaciones en la Católica; entre otros. Marco Leclère, amigo mío de la adolescencia en Chimbote, fue el escenógrafo. No olvidó el trabajo metódico, abocado a los detalles de Ricardo Blume, que de pronto hacía caminar a la obra con una limpieza que solo se debía a su talento y sabiduría. Todavía montan esas cuatro piezas grupos universitarios o de aficionados con nuevas escenificaciones y contextos.

Creo haber estado en los estrenos de todas las piezas del TUC, antes y después de las mías, y creo que

allí se forjó mi concepción del teatro como espectáculo cuya magia se debe al esplendor del juego corporal y a la elocuencia de la dicción, o sea al movimiento y a la voz. Todo lo que después he escrito viene de esa experiencia de la felicidad teatral, de ese arrebató del tiempo que se consume en su propia vehemencia. Todavía hoy cuando escribo una pieza, muy de cuando en cuando, escucho las voces de mis personajes en la escena que Ricardo y mis amigos del TUC fueron capaces de transformar en un tiempo encantado. Les debo esa felicidad de lo genuino, esa gratuidad.

No es extraño, por ello, que viendo *Las bizzarrías de Belisa* yo haya descubierto que las mujeres del teatro de Lope sostienen en sus voces el tiempo, que es el fuego vital de su lenguaje. Esas damas que pasean airosas por el soto, sostienen en el ardor de la voz una medida temporal más cierta. Tampoco lo es el que en *Los empeños de una casa*, de sor Juana Inés de la Cruz, la inteligencia del diálogo me revelara la forma de la agudeza barroca. Una noche, Marco Leclère, que hacía de galán empecinado, recitó una parrafada completamente al revés, del último verso al primero. Esta maravillosa trampa de la memoria me pareció un juego barroco más que las simetrías y despliegues de la comedia permitían.

La historia del TUC es parte de mi vida. Y cuando me encuentro con estos amigos, con Samuel Adrianzén, con Ruth Escudero, con Alicia Saco, sé que nuestros veinte o veintidós años de entonces fueron privilegiados por el don del arte y la dádiva de la amistad. No acabaré de reconocer esa gracia.



Las bizzarrías de Belisa, de Lope de Vega (1966). Ortega reconoce que el teatro clásico, en el cual se especializó el TUC en su primera etapa, fue una de las fuentes que inspiraron algunas de sus obras iniciales.